

TAL DIA HIZO UN AÑO

ALGUNOS periódicos enamorados de la antigüedad han establecido una sección que denominan «Treinta años ha» o «Hace de esto, veinte años» u otros títulos por el estilo, evocadores de un pasado tan lejano que más que historia antigua es prehistoria.

¡Veinte años!... ¡Treinta años! esos colegas no se han dado cuenta de lo de prisa que vivimos en los actuales tiempos. Traer el recuerdo de lo que pasó hace treinta años, no puede interesar a nadie, máxime si se tiene en cuenta que muchos de los acontecimientos evocados son de esta naturaleza: que Fulanito, Menganito y Zutanito terminaron el grado de Bachiller; que el Ayuntamiento nombró a Perengano, jefe de barrenderos o que contrajeron nupcial couda el joven H. y la bella Y. que hoy se exhiben por esas calles en clase de respetables momias.

Para esto no vale la pena de revolver archivos y viejas colecciones periodísticas; nos interesa lo de hoy y lo que pueda ocurrir mañana; lo de ayer, sino es muy de ayer, nos puede interesar un poco.

No muy seguros de acertar, queremos sacar a relucir lo que ocurrió el año pasado por estas fechas durante el curso de un día del que pudo decirse en justicia: «Un día bien aprovechado».

Pocos así se presentan tan enjundiosos y fructíferos para la rica información de los corresponsales de pueblo; acostumbrados aquellos a las incoloras «Notas municipales» y a el alza y baja de los catarros que pescan los amigos de los corresponsales, un día pleno de sucesos interesantes y trascendentales para nuestra villa, merece la pena del recuerdo.



Nosotros, que todo el año lo tenemos con el pensamiento puesto en esta REVISTA de nuestros amores, llenamos nuestro carnet de notas y apuntes y nos hicimos acompañar del notable fotógrafo Figurski para dar el tono debido a la reseña, que procuraremos no sea del todo deslavada y monótona.

Verán ustedes:

Salíó el sol, como todos los días, a su hora correspondiente; pero nosotros, por excepción, podemos atestiguar su salida porque antes que el astro lo hiciera, habíamos salido al ágora renteriana en *ténue* mañanera y taurófla; traje ligero, blancas alpargatas y la colcha de la cama al brazo a guisa de capote belmontino.

Alegraban el ánimo los sonos agudos de la diana; con paso torero nos encaminamos al campo del Lagun-Artea convertido de la noche a la mañana en coso taurino.

Cada cual tiene su debilidad o sus debilidades; nosotros nos pirramos por el toreo cómico; no es que nos disguste el arte serio; pero estas gallardías de los aficionados que siempre tienen por desenlace un revolcón de los gordos, hacen nuestra delicia.



El embolado que salió a la plaza no entendía de castas; aquí arremetió a gran velocidad a un factor de la estación; allí a un sastre, más allá a un exconcejal y al revolverse hincó en tierra a un farmacéutico teniendo en cuenta lo poco que a su víctima costaba el árnica.

Bien estuvo la *prueba* como vermut de la capea oficial que se celebró poco después.

Al salir de la plaza y tomar la calle Viteri nos vimos sorprendidos por un número fuera de programa. Aparecieron los Gigantes y cabezudos, pero a las claras se advertía que eran llevados con donaire y arte singulares, que aquellos gigantes bailaban y se conducían con reglas y módulos de verdaderos artistas y que aquellos cabezudos eran unos profesionales en lo de atizar *leña* y perseguir muchachos.

El público pidió que salieran los autores como si se tratara de un estreno afortunado y vimos que de entre las faldas de la *cashera* salió todo sofocado Rafaelito Garmendía y de los bajos del *cashero* Ladis Zabaleta.

¿Quiénes eran los cabezudos? Enrique Imaz y Esteban Jáuregui; y que los interesados perdonen el modo de señalar.

¡Brávo y bien por estos renterianos de buen humor, amantes de su *txoko* que dieron esta nota alegre en las fiestas de su pueblo!

Se acerca la hora de un acto oficial importante y vivamente deseado desde tiempo inmemorial.

Llegan automóviles de la capital.

Saludamos al señor Gobernador civil que lo era en aquel entonces D. Jose García Cernuda; igualmente nos honramos saludando al Vicepresidente de la Diputación D. Manuel Rezola; al Delegado gubernativo D. Fernando Saldaña; a numerosos Diputados provinciales; Alcaldes de los pueblos vecinos, concejales e invitados a la inauguración.

La comitiva se dirigió al nuevo puente de Santa Clara.

El señor Gobernador cortó la cinta y dió paso libre al público.

Aquel acto sencillo, aquella simple diligencia de cortar un obstáculo tan debil, nos emocionó y seguramente todos los que lo presenciaron sintieron también emoción honda al dedicar *in mente* un recuerdo a la memoria de las víctimas inmoladas en aquel puente hasta entonces fatídico y peligroso para el tránsito. Al mismo tiempo formulamos con el pensamiento un fervoroso aplauso que ahora es ocasión de renovar en letras impresas, a cuantos dirigieron sus esfuerzos a que se hiciera obra tan necesaria.

En nuestra pequeñez, y sin jactancias, también los co-responsales creímos haber contribuido a ello.

Terminado este acto, nos trasladamos a la Alameda donde iba a tener lugar la colocación de la primera piedra para el monumento que trata de levantar en memoria de los hijos ilustres de la Villa.



Después de los requisitos que estas ceremonias requieren, se hizo la colocación, no sin antes haber firmado un acta y guardado en una caja monedas, periódicos del día y un ejemplar de nuestra Revista correspondiente al año 1925.

Bien estuvieron y elocuentes fueron, pues los discursos siempre han de ser elocuentes, los que pronunciaron el Alcalde de Rentería, el Gobernador y el Cura Párroco.

Terminado el acto nos alejamos del lugar de la ceremonia y dejamos a la piedra sola; sola continúa en el día de la fecha.

La media mañana era llegada; el calor y los discursos habían secado las fauces y el Concejo previsor tenía encargado al Café Guria un estupendo *lunch* que tan acreditado establecimiento sirvió con todo primor y esmero.

Trasladados autoridades e invitados al refectorio, digo al salón de sesiones se celebró una histórica en la que hubo completo acuerdo; los bocadillos excelentes, los sandwich succulentos y los aperitivos frescos y de superior calidad.

De pronto se oyó como un grito de guerra: ¡a la plaza! ¡a la plaza! y momentos después, a las once y media bajo la presidencia del Gobernador y con la asistencia de bellas señoras y señoritas daba comienzo la fiesta taurina.

¡Manes de *Sobaquillo*, de *Sentimientos*, de *Don Modesto* y de tantos famosos revisteros taurinos que cantaron en sus crónicas hazañas y proezas de Lagartijo y Frascuelo, de Mazzantini y Joselito, vendid en mi auxilio! Y si se me niega la musa retozona y festiva de aquellos gerifaltes de la crítica taurina, dadme algo de la ciencia taurómica de un Sánchez Neira o un *Corinto y Oro* para que me sea posible, con algún desahogo, decir algo de lo que vieron mis ojos en aquella alegre mañana de Julio, mes de Santiago y de las *Magdalenas*.

Como no parece que viene la inspiración, después de haber aguardado un rato prudencial me determino a decir a ustedes que para lo que quería el estro era para poner en los cuernos de la luna, que son los cuernos más distantes que conozco, la labor fresca, gallarda y ajustada de esos simpáticos renterianos que se llaman Fausto Gaiztarro y Luis Samperio.

Verónicas estupendas, recortes ceñidos, largas asombrosas, de todo hubo y todo bueno en la faena de estos entusiastas aficionados, que si les da por abandonar la Arquitectura y la Medicina para abrazar el arte del toreo, sería lo primero que abrazasen con buen éxito; porque de otros abrazos, dicen los que lo saben por experiencia, que solo se obtienen *gofetás* de cuello vuelto.

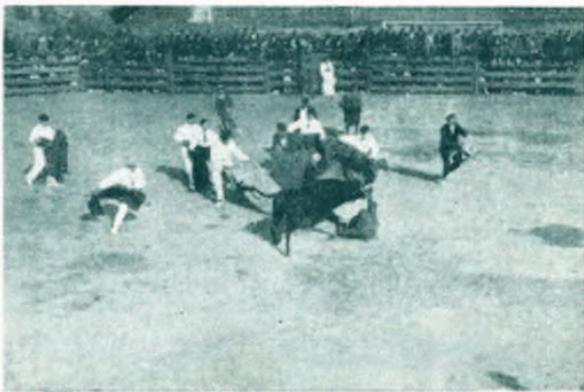
En clase de coro general: Imaz, Marín, Calve y otros muchos hicieron lo suyo, incluso correr a tiempo, y Ladis Zabaleta se proponía *epatarnos* con su arrojo, pero... se había dejado el capote en casa.

A propósito de toros, sería olvido reprensible pasar por alto la labor realizada por los carniceros de la localidad que capitaneados por el joven Gamborena dieron realce a la fiesta y supieron hacer lo que no había cumplido el torero (?) contratado por el Ayuntamiento.

El público, harto benévolo se contentó con pedir la jubilación de aquella criatura, metida por afición a esto, queador y que cuando se le arrancaba el becerrete lloraba creyendo que era el coco.

Chirene fué aquello, como dirían los de Bilbao, y para otra vez la comisión oficial encargada de la contrata de diestros tenga alguna más vista y tómelos a prueba como a los melones.

Como decimos, el apuro lo salvaron los carniceros que estuvieron muy requetebien y todos ellos rivalizaron en valor y arte bien entendido, destacando el citado Gamborena, que mató dos novillos, y el joven Juan José Echeveste.



Siguiendo el hilo de la jornada gloriosa diremos que, no obstante el refrigerio de la mañana, vulgo *amaiketako*, los estómagos estaban desfallecidos.

Venimos observando desde hace tiempo que aquí lo primero que desfallece son los estómagos.

De espíritu andamos bastante bien; lo tenemos templado para las emociones fuertes; sabemos resistir sin chistar, las más amargas contrariedades y sobreponernos a las más duras vicisitudes; pero la emoción del estómago triste y desfallecido no la aguantamos a pie firme ni medio cuarto de hora.

Ha ocurrido una terrible catástrofe—nos dicen—tantos muertos y tantos heridos y aun no se sabe toda la verdad...

Todo eso es profundamente desconsolador—replicamos—pero a mí con estas cosas, no lo puedo remediar, se me abre el apetito...

Si las nuevas son jubilosas y regocijantes parece que nos empieza a bailar algo dentro de la viscera estomacal y decimos:

—Ante noticias tan alegres y satisfactorias, creo que lo mejor sería disponer que nos preparen una *cashuelita*.

Las andanzas de aquel día no podían acabar en otra parte que en el restaurant Panier-Fleury.

Había sonado la una. Los estómagos, naturalmente, estaban desfallecidos; pero ¡buen componedor de estos desarreglos y gran cirujano de estos desavíos es el amigo Timote Fombellida!

Aquello no fue una *cashuelita* fue un bazar de cazuelas, de peroles y de todos los utensilios de la alta cocina.

—Figúrese usted las cosas que verá con el microscopio

un médico andaluz! — decía un personaje de una antigua comedia

— ¡Figúrense ustedes— digo yo— lo que *trajelaron* los amigos del banquete, ya de suyo de buenas tragaderas, con el aditamento e incentivo de la Banda Municipal.

Un renteriano come con buen apetito, pero con música, devora.

Los comensales, un plato tras de otro plato: la Banda una pieza preciosa tras de otra, una maravilla de ejecución; creímos que aquel ágape pantagruèlico iba a acabar en el vomitorio romaño.

Pero no; acabó en los floridos campos de Terpsicore. Ha dicho Unamuno que todo hombre por muy grave, por muy serio, por muy filósofo que sea, siente de cuando en cuando la necesidad de dar al aire una zapateta...

Así, nuestras paternales autoridades sintieron después del reposo de la primera digestión, el imperioso deseo de bailarse un *aurresku*; y lo bailaron con mucho estilo y taj y qué se yo qué.

¡Señor! ¿por qué no se pondrá todos los años, cuando menos, una primera piedra?

La retreta que puso término al programa del día, estuvo bien dispuesta y organizada, llamando la atención los cuadros típicos del país, interpretados con admirable propiedad por convecinos y convecinas, que conocían a la perfección sus papeles mudos, pero expresivos de gesto y actitud.

Mereció el festejo elogios y plácemes generales; la gente corría desalada de unos puntos estratégicos a otros para ver una y otra vez aquella cabalgata artística, que fué deleite de la vista y del oído.

No menos lisonjero fue el éxito de la verbena, cuyo adorno y preparativos estuvo a cargo de nuestro compañero D. Aurelio Aparicio, muy bien secundado por el sobrestante municipal y empleados del Municipio, todos los cuales recibieron infinidad de felicitaciones.

Alguna resistencia habían opuesto a la proposición de este espectáculo público y gratuito, determinados elementos, que sospechaban que dado el lugar, las horas de la noche en que se celebraría y la no excesiva delicadeza de algunos sectores del público, habían de producirse no muy edífican-

tes escenas, quizás, más bien ex-cenas; pero aquellos temores fueron refutados por los patrocinadores de la verbena en la comisión de festejos, y la fiesta se celebró y tuvo un éxito resonante.



En la fotografía que aparece en esta página se ve la Alameda grande, adornada con el mejor gusto y arte, antes de dar entrada al público.

Transcurrió la velada en medio de la mayor animación y jolgorio, con todos los alicientes de estas fiestas a saber: chicas guapas, mantones de Manila, flores, abanicos, churros, vinos y cervezas y música, música, música...

Ni el más pequeño desorden, ni un mínimo alboroto, ni el más insignificante altercado; bailoteo, contorneo, jaleo y quizaque, no digo que no, algún sutil y escondido trapicheo...

Pero se salvaron las formas y la cultura del pueblo de Rentería, quedó acreditada una vez más, que es lo que se trataba de demostrar.

¿Les parece a ustedes que ponga fin al inacabable relato del día memorable? ¿Sí? pues ni una palabra más.

FEDERICO SANTO TOMÁS



EDUARDO CLAVÉ

SASTRERIA

INMENSO SURTIDO EN GENEROS INGLESES Y DEL PAIS
CONFECCIONES ESMERADISIMAS

VITERI, 11 RENTERIA

Diálogo que hace bien al cuerpo y no daña el alma

—Lo que te digo, Joshepa, es como el propio Evangelio: hacer un corsé es la cosa más difícil de estos tiempos; en los de mi pobre abuela no tenía ningún mérito, pero hoy día, te aseguro que es obra de gran empeño.

—Chica, ¿sabes que me pones en *cuidado*? ¡por San Nicéforo! He de comprarme un corsé bueno, bueno, pero bueno y si es difícil hallarlo habrá que andarse con tiento.

—Te diré; sí que es difícil: ¿sabes tú? como tenemos las mujeres tantas curvas y elevaciones y huecos y desniveles corpóreos

y hay que recoger todo eso y empaquetarlo con arte... pues *tié* lo suyo ¡pimientos!

Pa corsetera, la mía; te mira, te coge el cuerpo, toma medidas con lente y te saca con esmero planos al ferropusíato... resulta el corsé un portentoso, vas a la prueba y ¡clavado! no es corsetera; es un genio.

Claro, que *tié* que saber de modas y de modelos y un poco de *natomía* *pa* ver los talles esbeltos y distinguir de esos otros que parecen un tubérculo. Ha de tener labia fina y ser amable en extremo

con señoras y casheras y hasta con los pollos héticos, pues más de un varón con v lleva encorsetado el cuerpo...

—Basta ya, por Santa Mónica, no hables más, dime corriendo dónde está ese mirlo blanco, esa artista, ese portentoso...

—¿Sabes, Joshepa de mi alma, que eres bien simple? ¡pimientos! ¿quien ha de ser esa alhaja sino la de BERACIERTO la mismísima SABINA tan afamada en el pueblo? ¿Y que tienes más que hacer? Encarga un corsé de precio; te lo pruebas, te lo pones, se lo pagas... y *laus Deo*.